

XXXIII.

El manuscrito.

(Continuacion.)

Le seguí con la muerte en el corazon.

En vano buscamos un carruaje á la puerta.

El que nos habia conducido habia desaparecido.

Ya he dicho que al entrar habian reconocido á Tallien, de modo que al salir se vió rodeado por una multitud inmensa.

Ya sabian la parte activa que habia tomado en la caida de Robespierre, y le habian preparado una ovacion.

El carruaje que conducia á las dos presas, á su libertador y á los dos niños fué escoltado con hachones.

Atravesó Paris en medio de los gritos: ¡Abajo el tirano! ¡Muerte al dictador! ¡Viva Tallien! ¡Viva la república!

Aquella fué la inauguracion de los triunfos.

Nada deja tanta oscuridad como la luz, ni nada más profundo silencio que el ruido.

Juan Munier y yo pareciamos dos sombras errantes por una ciudad desierta.

De vez en cuando oiamos á lo lejos los gritos lanzados por la multitud.

¡Cuán feliz debia ser aquella amante que volvia á la vida en medio de los gritos de triunfo que acogian á su amante!

¡Cuán dichosa aquella madre que resucitaba en brazos de sus hijos, á los que habia creido no volver á ver jamás!

Atravesamos la mitad de Paris desde la Fuerza á la Asuncion.

Allí me despedí de mi compañero y subí á mi casa sola y desesperada.

Me tendí vestida sobre la cama: no me acostaba para dormir, sino para llorar.

El sueño, ó más bien el entorpecimiento de mis facultades, se apoderó de mí sin sentirlo y en medio de mis lágrimas. Continué llorando dormida.

Al dia siguiente me pareció que oia ruido en mi cuarto, y al reflejo de un rayo de sol ví una criatura tan bella que la tomé por un ángel del cielo.

Era Teresa.

Se habia acordado de mí: corria á buscarme y á llevarme de grado ó por fuerza, á decirme que no me separaria de ella.

Primero creo que rehusé sus besos y sacudí la cabeza.

—Sola estoy, sola debo permanecer.

Pero aquella criatura, que era de fuego, me abrazó, me estrechó contra su corazon, lloró, rogó, apeló á todos los recursos de su talento y concluyó por hacerme levantar de la cama y llevarme delante del espejo.

—Mírate, me dijo; mírate. ¿Puede estar sola, tiene derecho para estar sola la que es tan bella como tú? El llanto te sienta bien. ¡Cuán bellos están tus ojos con ese círculo oscuro! Yo tambien los he tenido así; yo tambien he estado sola y he llorado.

Mírame. ¿Queda en mi rostro señal de dolor? No; una noche de felicidad ha borrado todo, y tambien tú gozarás una noche feliz, que lo horrrará.

—¡Ah! yo, exclamé, ya lo sabes, Teresa, aquel que podia darme la felicidad no existe. ¿Para qué esperar un viajero que no puede volver? Más vale ir á reunirse con él en donde está; en la tumba.

—¡Oh! qué palabras, dijo Teresa; ¿pueden salir tales frases de una boca tan jóven y tan fresca como la tuya, mi hermosa Eva? Dentro de sesenta años pensaremos en la muerte. ¡Ah! Vivamos, Eva; ya verás en qué paraíso vamos á vivir.

En primer lugar, dejarás este cuarto, en donde no se puede respirar.

—Este cuarto no es mio, le contesté.

—¿Pues de quién?

—De la viuda de Condorcet.

—¿Pero antes de vivir aquí, en dónde vivias?

—Ya te lo he dicho; agotados mis recursos, grité para morir:
¡Muerte á Robespierrel!

—Pues por la misma razon vendrás conmigo; tu cuarto, mejor dicho, tus habitaciones están ya preparadas. ¿No me has dicho que antes de la revolucion eras rica?

—Muy rica; por lo ménos así lo creo; pues jamás me he ocupado de dinero.

—Pues bien; haremos que te devuelvan tus propiedades, tus casas, tus rentas; volverás á ser rica; vamos á entrar en un período en el que las mujeres serán las reinas: tú, siendo tan hermosa, serás emperatriz. En primer lugar, déjame vestirte, componerte, embellecerte. Almorzamos en mi casa con Barrás, Fréron y Chenier: ¡qué lástima que á su hermano Andrés lo hayan guillotinado hace cuatro dias! Hubiera hecho preciosos versos. Te hubiera llamado Nerea; te hubiera comparado á Galatea...

Y Teresa, en medio de aquel flujo de palabras, de promesas, de elogios, me abrazaba, me acariciaba, me estrechaba contra su corazon. Quería hacerme creer que no estaba sola y que la gratitud la hacia ser para mí una hermana.

¡Ay! Puesto que vivía, nada más podia desear que dejarme vencer y resignarme con la existencia y soportarla.

Me sonreí.

Teresa vió aquella sonrisa; habia triunfado.

—Vamos, ¿qué te pondré que te embellezca más? Quiero que trastornes á mis convidados.

—Pero ¿qué quereis que me ponga? No tengo nada mio. Todo lo que hay aquí es de la señora de Condorcet, y no puedo salir con el vestido que tengo, súcio y arrugado.

—Los vestidos de una mujer filósofa de cuarenta años no pueden convenirte, no; necesitas vestidos como los míos. ¿Señor Munier? dijo Teresa.

Me volví; de pié en el quicio de la puerta estaba mi honrado comisario.

—Señor Munier, bajad, tomad mi carruaje, id hasta mi casa, paseo de las Viudas, esquina al Cours la Reine, y decidle á la anciana Marcelina que os dé uno de mis vestidos de mañana, y que le escoja de los más elegantes.

—¿Estais loca, Teresa? la dije. ¿Por qué hacerme tener la apariencia de rica cuando no lo soy? Tomadme como señorita de compañía; pero no me hagais rival vuestra en riqueza y belleza.

—Haced lo que os digo, señor Munier, replicó Teresa.

El comisario desapareció para obedecer á la bella directora.

—¡Oh! exclamó Teresa; vamos á hacer rabiarse á todas las mujeres, porque somos más bellas y más jóvenes que ellas.

—Josefina es hermosa, y sois injusta para ella, Teresa.

—Sí, pero tiene veintinueve años y es criolla. Tú tienes diez y seis y yo, yo... todavía no tengo diez y ocho; ya verás á la de Recamier; es tambien muy bella en realidad; pero ¿para qué le servirá? añadió con singular sonrisa: verás á la de Krudner; es más hermosa todavía, pero es una belleza alemana. Además, es una profetisa que predica una religion nueva, creo que el neo-catolicismo, ó algo así. No sé por qué entiendo poco de esas cosas. Tú que de todo entiendes al momento lo comprenderás. Verás á Mad. de Staél; no es hermosa, pero es un árbol de la ciencia.

Me cubrí los ojos con la mano y ya no escuché más.

¡Oh! mi árbol de la ciencia, el rey de mi paraíso de Argenton, de cuyas raices brotaba el arroyo que fertilizaba los jardines, mis rosas, mis flores de lis, mis azucenas.

Permanecí mucho tiempo sin escuchar lo que decia, cuando me sacó de mis reflexiones el ruido del coche, y poco despues entró el ciudadano Munier con dos vestidos de Teresa.

—Esperádme abajo, ciudadano Munier; vendreis con nosotras y os presentaré al ciudadano Barrás, quien probablemente formará parte del gobierno que suceda á este, y que, ayudado por Tallien, podrá hacer por vos lo que deseéis.

Le saludó, y él, acostumbrado ya á obedecer, se inclinó hasta el

suelo, y salió. Teresa estuvo algun tiempo mirando los vestidos para escoger cuál de los dos me estaria mejor.

Las mujeres verdaderamente hermosas no temen á las que son bellas, porque la belleza hace resaltar á la belleza.

Debo confesar que cuando salí de manos de Teresa estaba tan bella como podia serlo.

Subimos al carruaje, atravesamos la plaza de la Revolucion. Robespierre ya no existia, pero la guillotina todavía estaba allí.

Oculté mi cabeza en el seno de Teresa.

—¿Qué tienes? me preguntó.

—¡Ah, si hubieras visto lo que ví ayer! le dije.

—¡Ah! Verdad es, le has visto guillotinar.

—Y siempre lo estaré viendo. ¿Por qué estará ahí todavía esa horrible máquina?

—A nosotras toca hacerla desaparecer. Hoy por la mañana empezaremos á derribarla en el almuerzo: nuestras manos son las que derriban cosas que no se atreven á tocar los hombres.

Poco despues llegamos á una casita medio oculta entre un bosquecillo de lilas, en donde descollaban algunos álamos.

La llamaban la cabaña: efectivamente, estaba cubierta de rastrojo, pero pintada al óleo, adornada con guirnaldas de rosas como una cabaña de la ópera cómica.

Era la morada de Teresa.

Serian poco más de las diez de la mañana cuando llegamos: el almuerzo era para las once.

Aunque la casita estaba abandonada hacia seis semanas, sin embargo, la anciana Marcelina la habia cuidado mucho, y solo al cocinero y al cochero fué á los que se despidió.

Los carruajes estaban en la cochera dispuestos, los caballos en las cuadras, y la cocina preparada para encender fuego.

El almuerzo estaba encargado en una fonda muy nombrada.

Teresa me condujo primero á mis habitaciones: eran un gabinete, un dormitorio y un cuarto de tocador.

Todo estaba impregnado de elegancia y buen gusto.

Quise rehusar: pregunté con qué motivo me instalaria en su

casa, compartiria su existencia y tomaria parte en sus placeres.

Me contestó con adorable sencillez:

—Mi querida Eva, tú me has salvado la vida; si no te hubiera encontrado, probablemente en lugar de Robespierre me hubieran guillotinado ayer.

Debo, pues, estar agradecida, y tengo derecho sobre tí. Además, te aseguro que no será por mucho tiempo, y que antes de ocho dias te devolverán tus bienes, y entonces podrás ofrecermehabitaciones en tu casa.

Dicho esto, me condujo á su cuarto para dar una última mano á su tocador.

Tallien entró de puntillas, y como estaba yo vuelta hácia la puerta, le ví entrar.

Teresa tambien le vió en el espejo en donde se miraba.

Se volvió rápidamente y le tendió los brazos.

—Tambien á él le debo la vida; pero despues que á tí, querida Eva.

—Desde luego acepto el lugar subalterno que me das, querida Teresa, dijo, porque siempre estoy dispuesto á ceder el puesto á una mujer bonita; pero ella te dirá que cuando se presentó en tu nombre estaba ya jurada la muerte de Robespierre.

—Sí; pero confesad que mi aviso y mi puñal han influido en la resolucion que habeis tomado.

—Para todo, Teresa, para todo; la idea que si me retrasaba una hora, un momento, podias ser víctima de aquel mónstruo, me decidió, no á derribar á Robespierre, sino á apresurar su caída. A tí te debe la Francia respirar tres ó cuatro dias antes.

—La amaremos mucho, ¿no es cierto? dijo Teresa á Tallien señalándome. Es preciso hacerla devolver sus bienes lo más pronto posible. Es una Charelet. La casa era noble y rica. La nobleza no podian quitársela; pero podian arruinarla, y lo hicieron.

—Pues bien; eso es muy fácil; no está emigrada; ha sido víctima del terror, por el que faltó poco para que muriera en el patíbulo. Hablaré á Barrás y arreglaremos eso: solo que, añadió riendo, como es una cosa justa, tardará más en decidirse que si fuera injusta.

La anciana Marcelina anunció que acababa de llegar el ciudadano Barrás.

—Vete á recibirle, le dijo Teresa á Tallien: ahora bajaremos nosotras.

Tallien salió, no sin haber cambiado con Teresa una mirada de inteligencia, en la cual sin ninguna duda se trataba de mí.

Pocos minutos despues bajamos tambien.

El salon estaba lleno de flores, y se llegaba á él por corredores tapizados de flores, como toda la casa. En pocas horas habia cambiado Tallien el aspecto de la casa, cubierta con un velo de tristeza por la prision de Teresa, convirtiéndola en un recinto risueño y alegre.

Se adivinaba que el amor y el júbilo habian entrado por las ventanas al mismo tiempo que los rayos del espléndido sol de Julio.

Barrás, como he dicho, nos aguardaba en el salon.

Era muy bello, ó más bien elegante que hermoso. Vestía el uniforme de general de la revolucion, con las solapas azules bordadas de oro, chaleco de piqué blanco, fajin tricolor, pantalon ajustado y botas altas. Al ver á Teresa la abrazó como á un íntimo amigo y se separó para dejarme sitio.

Barrás pidió permiso para besar la hermosa mano que sabia descorrer los cerrojos de las cárceles. Tallien le habia referido todo lo que yo habio hecho en aquellos dias.

Me habló de la gratitud de su amigo, la que él habia tomado á su cargo, y le dió gracias por haberle permitido cumplir conmigo, y despues me dijo hiciera una nota de lo que componia mi fortuna antes de la revolucion.

—¡Ay, ciudadano, le dije, me pedís una cosa imposible! No he crecido en casa de mis padres, y solo sé que mi padre era muy rico: de ningun modo podria dar más pormenores.

—No se necesita que vos os ocupeis de esos detalles, ciudadana; vale más que se obtengan por tercera mano. ¿Teneis algun hombre de confianza al que podais enviar á Argenton?

Me disponia á decir que no, cuando me acordé de mi comisario Juan Munier.

—Era el hombre más á propósito por su inteligencia, y además seria un medio de recompensar sus servicios.

—Ya lo buscaré, ciudadano, le dije, inclinándome para darle las gracias, y tendré el honor de enviárosle, para que con un salvo-conducto vuestro pueda desempeñar su comision, en la que tal vez no saldria bien si no fuera porque vos le apoyais.

Barrás comprendió, como hombre de buena sociedad, que mi saludo significaba que la conversacion habia durado bastante; me saludó y salió al encuentro de Josefina y de sus hijos, que acababan de llegar.

¡Ay, se presentaban vestidos de luto!

La señora de Beauharnais habia sabido al salir de la cárcel que habian ejecutado á su marido ocho dias antes.

Iba á hacer su visita á Teresa y á excusarse del convite que esta la habia hecho.

Barrás y Tallien habian sabido la noticia, pero no creyeron oportuno comunicárselo.

Recibió el pésame de Barrás y de Teresa y despues se dirigió á mí.

—¡Oh, mi querida Eva, me dijo; cuánto teneis que dispensarnos el haberos dejado sola ayer! Creia que os veia siempre á mi lado; tal era la inmensa felicidad que os debia. La dicha ciega. Cuando me apercibí de que no os encontrábais con nosotras estábamos ya muy lejos. Además, mi querida Eva, ¿qué hospitalidad podia yo ofreceros? ¿La hospitalidad de una posada? Mis hijos y yo hemos dormido en la calle de la Ley, fonda de la Igualdad.

—De modo que os encontrais en la misma situacion que yo. He perdido á mi padre, fusilado como emigrado; vos habeis perdido á vuestro esposo, decapitado por aristócrata.

—Es verdad: los bienes del vizconde de Beauharnais están confiscados; los míos, mi fortuna personal, está en las Antillas; viviré de prestado hasta que el ciudadano Barrás llegue á conseguir que me devuelvan las propiedades de mi marido.

¿Creeis que si no hubiera tenido necesidad absoluta hubiera co-ocido á mis queridos hijos, el uno en casa de un carpintero, la

otra en casa de una lencera? ¡Oh, no! Pero ahora ya no me separaré de ellos.

Josefina hizo una seña á Hortensia y á Eugenio, los que corrieron hácia ella, agrupándose, de modo que parecia Josefina la Cornelia antigua.

Por un momento permanecieron abrazados y sollozando: despues, pretextando que nos comunicaban su tristeza, se despidieron, á tiempo que entraba Fréron, quien sabia la muerte del general, por lo que se inclinó profundamente ante aquel triple dolor.

El tallo humilde en las del japon, algunas como la cascara del huevo y algunas con flores y plantas de colores hermosas. En el tipo una especie de simpatía, aunque en algunas copas y en algunas tazas de café mas que agua, un

XXXIV.

imaginaron tambien se habian turbado. La sala estaba entre Tallien y Barrás; Tallien se ocupaba por completo de Fréron, pero Barrás exclusivamente de mi. Como entre ellos habia un gran respeto y los ojos de Barrás procuraban por todos los medios llamar la atención del dictador futuro. Los perfumes que se oían sobre mi una gran influencia. Cuando nos levantamos de la mesa, yo estaba muy pálida y á pesar de eso Tallien me dijo: "Ya adivinarás, mi amado Jacobo, lo que seria como elegancia y lujo un almuerzo servido por Beauvillers á tres sibaritas como Barrás, Tallien y Fréron. En esa clase de reuniones, en que las mujeres no toman mucha parte, sin embargo, todo emana de ellas, hastalas agudezas que se cruzan de un lado y otro. El talento es moralmente lo que el perfume de las flores físicamente. Aun cuando yo no tenga idea ninguna de lo que es la gula, comprendo sin embargo la diferencia que existe entre un almuerzo vulgar y un almuerzo entre dos mujeres jóvenes y bellas y tres hombres que tenian la reputacion de ser los más bellos y además los de más talento de Paris. Les nombraban el bello Tallien, el bello Barrás y el elegante Fréron. Fréron dió su nombre á la juventud, que se llamó juventud dorada de Fréron. Entré por una senda de la vida que me era desconocida: la vida sensual. El almuerzo fué servido con la delicadeza que sustituia á la época brutal que acabábamos de pasar. Los vinos caian en copas de muselina, cuyo cristal era tan fino que los labios se tocaban casi al beber.

El manuscrito.

(Continuacion.)